
PENSAR EL COVID-19

ROCÍO MAGALI LEGARRALDE
NATACHA SALOMÉ LIMA

BAÑO DE INMERSIÓN VIRTUAL

La erupción del Covid-19 transformó los modos de relación. No hay dudas. En esa tesitura, la virulencia del contagio ha promovido el estallido de la vida en la virtualidad, un fenómeno del que somos partícipes hace décadas, especialmente a partir de la aparición del *World Wide Web* (en castellano, Red Informática Mundial). Ya el nombre nos pone sobre la pista de la globalización que implica esta transformación de la vinculación con los demás —hipervinculados a través de las redes sociales y los sitios *web*— y de la inconmensurable cantidad de información que circula en forma de código binario.

Nos enfrentamos así a los (no tan) nuevos encuentros con otros, que nos interpelan al ser llevados al extremo, debido a la pandemia que asola nuestro planeta e impide el contacto anatómico, cuerpo a cuerpo. Nuestros vínculos han sido puestos a prueba cuando el encuentro de los cuerpos deja de inscribirse en la realidad empírica para mudarse hacia la realidad virtual. Acaso ese sea el tema de interés para nosotras, que nos encargamos de situar bajo la lupa al sujeto que se las arregla en/con la “virtualidad” que el agujero —consecuencia de la inscripción del lenguaje en el cachorro humano— deja en el sujeto deseante, como saldo de tal operación y motorizado por la falta estructural.

Ahora bien, la virtualidad en tanto código binario, el llamado con pertinencia *Big Data*, que bien podríamos decir el universo abismal de información que circula las veinticuatro horas al día por los más diversos carriles de Internet, deja literalmente al alcance de la mano —mediante la *touchscreen*— un gran abanico de dispositivos tecnológicos ofrecidos por el mercado en un solo click. Como ya sabemos quienes nos ocupamos de pensar estos dispositivos y sus repercusiones inscritas en el entramado socio-subjetivo, la tecnología no es buena ni mala en sí misma, ni tiene vida propia. Quienes sí la tenemos, y con ello la posibilidad de decidir qué uso

hacer de esos objetos, solemos tomar una posición frente a los mismos... no siempre advertida.

Ya en 1949 el psicoanalista francés Jacques Lacan destacó la importancia estructural del *estadio del espejo* donde, a partir de la imagen especular, el *infans* constituye los rudimentos de un yo unificado a partir de la mirada del Otro. Esta operatoria de reconocimiento puede ser resignificada hoy cuando, pandemia mediante, nos hemos visto obligados a apropiarnos de un espacio virtual —sea por trabajo, estudio o para sostener el contacto con nuestros seres queridos— donde pasamos a ser observadores-observados a través de las “ventanas” de Zoom, Google Meet o de otras aplicaciones.

La operación de reconocimiento que constituye los momentos iniciales de la estructuración yoica del *infans* establece también un marco de relación a partir del cual el sujeto interpreta las claves de su realidad. El modo singular en que cada sujeto se vincula con sus objetos es lo que Lacan definió con el axioma del *fantasma*. Nos serviremos aquí de esta noción para pensar cómo la mediación tecnológica ha producido el marco de una ventana por la que cada quien es *outsider* de su propia vida.

El desarrollo de la vida en la virtualidad ha hecho posible el armado de una realidad a ser mirada a través de unos lentes de (no) contacto, lo que ha supuesto transitar el escenario de la vida con cierta ajenidad. Estos nuevos espacios de encuentro, que delinear nuevas relaciones entre sujetos y objetos, y que se estructuran a partir de lo etéreo de la virtualidad, tienden a recrudescer los puntos hiperestésicos del fantasma. Esta noción se torna especialmente adecuada para pensar en los posibles efectos pesquisados sobre una corporalidad otra, que, al igual que en el caso del fantasma, supone una corporalidad sin cuerpo. Pensar el cuerpo en la virtualidad ha puesto de manifiesto la primacía de los objetos pulsionales que se independizan de la materialidad de la cual parten como la voz y la mirada. ¿Entonces de qué cuerpo hablamos cuando se trata del sujeto sumergido en el mar de la virtualidad?

En las últimas semanas, fueron varios los autores que afirmaron que la pandemia, al ser una catástrofe y, por tanto, la irrupción de un real que no cesa de no escribirse, deja al descubierto las dimensiones más íntimas de cada sujeto. Podemos trabajar entonces con la noción de *extimidad*, un neologismo lacaniano referido a algo extraño, ajeno, que retorna como lo más propio del sí mismo. Lo que nos remite al *unheimlich* freudiano, aquella *inquietante extrañeza* en tanto aparece como ominoso y, al mismo tiempo, familiar y extraño, marca registrada de los seres parlantes. Eso que hace pregunta desde el exterior, se enfrenta con algo que es constituyente para la subjetividad.

Una modesta observación es posible, aun si es demasiado pronto para sacar conclusiones: ese cuerpo afectado —muchas veces angustiado— al estar constituido de palabras, nada tiene que ver con “lo natural”. Nada

hay de natural en la civilización contemporánea de la que formamos parte, teledirigida y direccionada por la ruta de la *Web*.

POSPANDEMIA

Seguiremos en este punto las coordenadas del historiador argentino Ignacio Lewkowicz (2004), quien dedicó parte de su obra a explorar las relaciones entre las nociones de trauma, catástrofe y acontecimiento. La irrupción del Covid-19 ha sido un evento que desbarató la lógica de la situación; como todo exceso, dejó la estructura en un *impasse*. Las respuestas a este suceso suponen ya diferentes estrategias de afrontamiento y mientras algunas de las respuestas pueden ser leídas en clave de catástrofe —como los efectos que pueden derivarse de la suspensión política de la sociabilidad— no estamos exentos de las paradojas. También es posible aventurar una salida de la pandemia en clave de acontecimiento, a partir de buscar y desarrollar nuevos esquemas frente al punto de detención que el *impasse* supone.

Una de las estrategias para mitigar el contagio fue la mudanza hacia la virtualidad. Para hacer frente al virus, se produjo una viralización de diversas plataformas virtuales. Cada vez más personas comenzamos a habitar espacios virtuales, modificando nuestros modos de relación con los otros a partir de la implementación de la tecnología digital. Esto trajo mutaciones en la percepción y en la sensibilidad, así como modificó nuestra relación con el tiempo. Un “curioso elemento” si tenemos en cuenta que transcurre a distintas escalas, siguiendo su cualidad relativa. En este sentido, advertimos que el no desplazamiento que supone la vida en la virtualidad ha impuesto nuevos modos de afectación temporal, donde algunos piensan que han “ganado más tiempo”, mientras que otros se han visto sumergidos en la vorágine de una demanda continua. Lo que resulta llamativo en este punto es seguir pensando en términos de ‘pérdida’ o ‘ganancia’, cuando la dimensión privilegiada es la de la economía psíquica, y sus innegables repercusiones subjetivas.

La pregunta por nuestra relación con el tiempo en contexto de aislamiento social preventivo y obligatorio (ASPO) ha permitido diferentes reflexiones acerca de los sentidos de la existencia, de los plazos de los proyectos, de aquello que se perdió. Como en el film *El día de la marmota* [*The Groundhog Day*] la pesadilla de vivir todos los días el mismo día, atrapados en la eterna repetición de lo idéntico, genera diferentes respuestas. Al igual que el personaje principal del film, esta pandemia nos ha llevado a vivir estados de extrañeza, desolación, desesperanza, angustia, sensación de pérdida de control, que son diferentes tomas de posición subjetiva frente a un real que no cesa de no inscribirse (Laso, 2013). En el caso del escenario ficcional, el efecto ominoso se produce cuando se borran los lí-

mites entre fantasía y realidad, es decir, cuando la escena fantaseada se abre paso hacia la escena del mundo.

Habitar la virtualidad genera un efecto de extraña cercanía que interroga la relación a los otros y al deseo. El desafío, en todos los casos, es poder hacer de la repetición una novedad. *Queda sujeto* a nuestras posiciones y a las ventanas que elijamos para comunicarnos con el mundo.

REFERENCIAS

- Freud, S. (1979), "Lo ominoso", en *Obras completas*, vol. XVII. Bs.As.: Amorrortu editores, pag. 244.
- Lacan, J. (2008), "El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica", en *Escritos 1*, CdMx: Siglo XXI Editores, pp. 99-107.
- Laso, E. (2013), "La responsabilidad por la repetición", *Ética y Cine Journal* 3(2): 29-34.
- Lewkowicz, I. (2004), "Catástrofe, experiencia de una nominación", en *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Bs. As.: Paidós.